

discursos e instituciones que tratan de establecer un cierto orden y organizar la coexistencia humana en condiciones que son siempre potencialmente conflictivas porque se ven afectadas por la dimensión de «lo político». La política se propone la creación de la unidad en un contexto de conflicto y diversidad. Es preciso, por tanto, abordarla desde una perspectiva que sitúe la cuestión del poder y el conflicto en su mismo centro. Este es el enfoque que Mouffe defiende y que estaría en la base de lo que ella denomina democracia *agonística*. Esta forma de concebir la democracia exige la aceptación de que la división y el conflicto son inevitables y que no es posible alcanzar una reconciliación plena de la unidad «pueblo». El objetivo de una política democrática debería ser proporcionar el marco en el cual los conflictos puedan adoptar la forma de una confrontación agonística entre adversarios en lugar de manifestarse como una lucha antagónica entre enemigos. El adversario, a diferencia del enemigo, comparte un espacio simbólico común, pero quiere organizarlo de forma diferente. «Imaginar que la democracia pluralista podría llegar a ser algún día un sistema perfectamente articulado es transformarla en un ideal que se refuta a sí mismo, ya que la condición de posibilidad de una democracia pluralista es al mismo tiempo la condición de imposibilidad de su perfecta puesta en práctica» (32). De ahí que sea imprescindible reconocer su naturaleza paradójica, derivada de la irreductible tensión entre la igualdad y la libertad, entre la ética de los derechos humanos y la lógica política que implica el establecimiento de fronteras.

Carmen INNERARITY

## Dominique Schnapper

### La démocratie providentielle

(París, Gallimard, 2002)

## François Dubet

### Le déclin de l'institution

(París, Seuil, 2002)

Ni Dominique Schnapper ni François Dubet, ambos directores de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, son autores demasiado conocidos en España. Tampoco se les puede identificar con una misma escuela intelectual; sin embargo, las investigaciones publicadas en el último año por cada uno de ellos son expresión destacada de los debates en los que se encuentra inmersa la sociología francesa acerca de la transformación de las sociedades democráticas contemporáneas. El libro de Dominique Schnapper es la continuación de un largo trabajo de sociología histórica sobre la noción de ciudadanía, iniciado con *La communauté des citoyens* (Gallimard, 1994 [Madrid, Alianza, 2001]), acerca de la idea de nación; seguido de *La relation à l'Autre* (Gallimard, 1998), centrado en la sociología de las relaciones interétnicas, dando paso ahora al análisis de la construcción y transformaciones del Estado del Bienestar o, en palabras de la autora, del «Estado de intervención». En *Le déclin de l'institution*, François Dubet, mediante un elaborado trabajo empírico, aborda las transformaciones que, ligadas a las contradicciones de la modernidad, se han dado en lo

que el autor denomina el «trabajo sobre el otro», el destinado a educar, formar o curar mediante una actividad basada en la vocación que, hoy, desposeída de los valores universales que pretendía encarnar, genera sentimientos de crisis inevitable en los propios profesionales. Entre los demás trabajos del autor, la lectura de *Sociologie de l'expérience* (Seuil, 1994) y de *Dans quelle société vivons-nous?* (Seuil, 1998 [Buenos Aires, Losada, 2000]) puede permitir al lector comprender mejor la evolución de su pensamiento en los últimos años, desde la sociología de los movimientos sociales hasta una redefinición de la teoría de la acción.

Dominique Schnapper analiza en *La démocratie providentielle* la construcción histórica del ideal democrático de la ciudadanía en la modernidad, en su forma histórica de ciudadanía nacional. El ideal de la ciudadanía tiene vocación universal: la pretensión de que todos son, al menos potencialmente, ciudadanos libres e iguales. La dinámica histórica de dicho ideal democrático es la que explica el reconocimiento paulatino de los derechos políticos, civiles, económicos, sociales y culturales, y la que está en el origen del Estado del Bienestar moderno, que en su forma histórica europea-occidental se define como un Estado de intervención social caracterizado por la ambición de transformar las condiciones de vida de los ciudadanos, iguales formalmente, bajo el ideal de la «igualdad real». Esta transformación lo es también de la utopía universalista, que hacía del Estado la representación ideal de un árbitro neutro y racional, en un ideal que tiene como objetivo la corrección de las condiciones sociales desfavorables de una parte de la sociedad cuya

práctica no puede tener lugar sin introducir principios particularistas en la dinámica democrática: la producción y multiplicación de categorías de «grupos necesitados» o el establecimiento de mínimos sociales para la percepción de ayudas sociales son un ejemplo destacado con consecuencias relevantes en la transformación de las relaciones sociales. Las contradicciones entre universalismo y particularismo no han impedido que la acción del Estado de intervención se haya ido extendiendo (y siga haciéndolo), desde las compensaciones de carácter económico hasta la intervención en la cultura o el deporte.

Históricamente, a través del orden político, la realización del ideal universalista de la ciudadanía ha encontrado, sin embargo, límites bien definidos en el conflicto entre la utopía de la ciudadanía universal y la interpretación que cada sociedad histórica ha hecho del proyecto (en función de herencias del pasado, representaciones sociales o pasiones étnico-religiosas). Dominique Schnapper presenta un análisis histórico de dichas tensiones: si los revolucionarios franceses de 1789 excluyeron de su ideal de ciudadanía, en nombre de la «razón», a los pobres, a las mujeres o a los indígenas, su incorporación a la dinámica democrática de la ciudadanía fue el resultado de transformaciones históricas operadas en nombre de la misma «razón», haciendo de la extensión de derechos democráticos un proceso, teóricamente, ilimitado. La presencia de tal tensión entre la utopía democrática y la práctica política tiene como principal expresión, en el contexto europeo, el desarrollo de dos líneas teóricas: la que defiende la sustitución de la ciudadanía nacional jurídica y política por la

ciudadanía económica y social, que, deslegitimando la idea de ciudadanía nacional, definen los derechos económicos y sociales como los verdaderos derechos del ciudadano; y la de los partidarios de la ciudadanía europea como solución a los problemas que engendra la realización de la ciudadanía en el marco del Estado-nación, cuya acción, en definitiva, se reduciría a aplicar decisiones de carácter puramente transnacional. Estas dos propuestas tienen en común la devaluación del concepto de «ciudadanía nacional» y una propuesta metodológica que concibe a los ciudadanos no como una comunidad política histórica, sino como una organización de producción y redistribución, compensada por valores y aspiraciones de carácter universal.

Dominique Schnapper, partiendo de la idea según la cual el Estado de intervención sólo encuentra su legitimidad en la unión entre la autonomía política del ciudadano y la autonomía económica del individuo, analiza algunos de los efectos de la acción del Estado sobre la configuración de las relaciones sociales dentro de las sociedades democráticas contemporáneas para concluir que las transformaciones que se operan en su interior son consecuencia de una intervención que tiene como objetivo la resolución de la tensión entre la igualdad proclamada del ciudadano y las desigualdades entre individuos concretos. Pone como ejemplo las transformaciones de antiguas formas de trabajo basadas en la vocación en profesiones del Estado de intervención basadas en el mercado. La tensión entre igualdad formal e igualdad real es también la confrontación del ideal universalista con la práctica multicultural. El resultado de estas transformaciones no es, se-

gún Dominique Schnapper, el fin del Estado del Bienestar nacional dentro del sistema de la mundialización, al constatar que, desde 1970, la cantidad de transferencias del Estado a los ciudadanos no sólo no ha disminuido, sino que ha aumentado, incluso en países, como el Reino Unido bajo el gobierno Thatcher, que pusieron en marcha programas radicalmente antiestatales. El problema del Estado del Bienestar es, para la autora, su redefinición como proyecto político histórico.

Del mismo modo que el Estado de intervención social, se ha desarrollado un «Estado de intervención étnica», bajo la misma lógica de la igualdad real, en torno al reconocimiento de los derechos culturales. La autonomía del ciudadano no culmina con la autonomía económica, sino que debe añadir a la igualdad, en palabras de la autora, «la autenticidad de las raíces históricas y religiosas» del individuo. La filosofía política «comunitarista» se ha hecho eco de estos debates, como lo hacen Charles Taylor y Will Kymlicka, defensores de la realización de la igualdad a través del reconocimiento de la «dignidad». Para dichos autores, el ciudadano autónomo sólo puede serlo en la plenitud de su cultura, haciéndose imprescindible su reconocimiento absoluto en toda su dignidad histórica mediante la acción del Estado, guardián, al tiempo, del respeto de los derechos fundamentales de todos. La autora presenta dos modalidades de la acción del «Estado de intervención étnica»: la experiencia de las políticas multiculturales en Canadá, reconocedora de los derechos de las comunidades y culturas particulares en el espacio público mediante medidas de discriminación positiva, y la experiencia de Francia, que, negando tajantemente los dere-

chos de las colectividades, mediante políticas «indirectas» y particularistas, ha permitido desarrollar, sin reconocerlo, un Estado de intervención étnico que parece acomodarse a las prácticas propias de la sociedad: el fin de la abstracción del «ciudadano» (exclusivamente en el espacio público) da paso a la acción sobre el individuo concreto (en todos los aspectos de la vida social). La aplicación de estos debates a la definición de la ciudadanía europea opone de nuevo dos corrientes teóricas: los partidarios de una «democracia cultural» europea, como Alain Touraine, que defienden que dicha ciudadanía no puede tener lugar más que a través de la consagración del multiculturalismo; y los defensores de la ciudadanía tradicional, como Jürgen Habermas, más partidarios de conciliar el reconocimiento de los derechos culturales con el mantenimiento de la ciudadanía política tal como ha sido concebida hasta el momento.

Dominique Schnapper culmina su reflexión retomando las transformaciones analizadas para concluir que éstas abocan a lo que, en Francia, se ha venido en llamar el «fin de la República de Derecho divino» y, en otros términos, el debilitamiento de la trascendencia a través de lo político: el fin de la idea del ciudadano abstracto a través de la cual se resolvían en el espacio público las diferencias existentes entre los individuos en el espacio privado. Dicho sistema había sido construido sobre dos pilares: la utopía de la representación y una construcción mítico-religiosa del sistema democrático —paradójicamente paralela a la construcción monárquico-religiosa del Antiguo Régimen—. Los debates sobre la democracia participativa que se abren a través del uso generalizado de Internet, la reducción de las pa-

siones nacionalistas a la simple celebración de grandes eventos deportivos y la consolidación del Estado de intervención social y étnico llevan a la autora a afirmar que la extensión del principio democrático a casi todos los ámbitos de la sociedad ha transformado definitivamente las prácticas políticas. Aunque el resultado de dicha transformación es el fin de la trascendencia por lo político, Dominique Schnapper concluye defendiendo que no cabe sociedad sin que ésta determine el sentido que le da a lo político. Habría, por tanto, que observar las transformaciones futuras de la práctica política, no sin advertir de algunos de los riesgos posibles: la incapacidad de las ricas sociedades occidentales de avanzar reformas estructurales o el riesgo de que las democracias occidentales ignoren que no todo el mundo es pacífico y rico y no sepan conciliar su protección con un sentido amplio de solidaridad.

*Le déclin de l'institution*, de François Dubet, es también una reflexión acerca de las transformaciones ligadas a la modernidad, en este caso desde una perspectiva intermedia entre la sociología del trabajo y la sociología de la socialización. Utilizando la metodología de intervención sociológica, el libro se concentra sobre lo que él denomina el «trabajo sobre el otro», definido como las actividades profesionales que participan en la socialización.

El trabajo sobre el otro había sido concebido como un «programa institucional»: un modo particular de relación con el otro que considera el trabajo como una mediación entre valores universales e individuos particulares, basado en la vocación del trabajador (puesto que está fundado directamente sobre valores) y fundado

en un proyecto de socialización orientado a inculcar normas destinadas a conformar un individuo autónomo y libre. El programa institucional es la herramienta de trabajo que el autor utiliza para comprender las transformaciones analizadas: «Existe un programa institucional cuando valores o principios orientan directamente una actividad específica y profesional de socialización concebida como una vocación, y cuando dicha actividad profesional tiene como objetivo producir un individuo socializado y un sujeto autónomo. El programa institucional es una especie de máquina que da sentido a las relaciones, aparentemente banales, que se derivan del trabajo sobre el otro».

El trabajo de Dubet es un análisis del declive del programa institucional. No es un declive total y homogéneo: muchos de sus elementos perviven y otros se desvanecen en la transformación. El declive se constata en distintos aspectos: el trabajo sobre el otro pasa de estar basado en la vocación a estarlo en la técnica; el público no es un ente abstracto y universal, ahora son públicos concretos; el concepto universalista de «integración» ha dado paso a la idea de «inserción»; las identidades tradicionales —dadas y construidas en el tiempo de la formación a través del programa institucional— dan paso a identidades adquiridas, fluidas y construidas a lo largo de la vida a través de multiplicidad de roles, rupturas y experiencias; en fin, se desvanece la visión «sagrada» del oficio de socialización para dar paso a una relación comerciante-consumidor o prestador de servicios-usuario.

François Dubet se sirve del programa institucional para analizar la experiencia ligada a diversos trabajos de socialización. Existen para el

autor tres lógicas que guían dicha experiencia: control social (el profesional como un agente o encarnación de la institución), servicio (el trabajador como un experto que aplica eficazmente conocimientos técnicos especializados) y relación (el trabajo como una pura relación entre individuos). La experiencia del trabajo dentro del programa institucional se define por tres elementos: el oficio, mediante el cual se ponen en juego capacidades técnicas especializadas; un rol, que sitúa al trabajador dentro de la organización; y la personalidad del trabajador, que se realiza a través de la actividad de socialización. Las contradicciones que lo atraviesan, en general, son las que derivan de la tensión entre una actividad «útil» e «interesante» y la falta de reconocimiento ligada al programa institucional en crisis. Las reacciones a este conflicto van del corporatismo a la afirmación de la profesión.

Aplicados estos principios a la escuela primaria, la experiencia de los maestros es la de una transformación continua pero «bien llevada», siendo la más visible aquella del «alumno» en «niño», a la que siguen la modificación de los métodos pedagógicos, las modalidades de acceso a la profesión o la formación de los maestros. Sin embargo, en su experiencia los maestros no perciben una crisis del oficio: la mayoría reconoce el trabajo como una obra propia que cada uno conoce y domina. El programa institucional en la escuela primaria ilustra el caso de una evolución que se abre progresivamente sin romper con sus lógicas anteriores y con su historia. La experiencia de los profesores de instituto es, sin embargo, bien distinta. Los centros de enseñanza secundaria han pasado, en Francia, en los últimos cuarenta años, de ser centros de un sistema de enseñanza elitista (a los que sólo

accedía el 10% de un grupo de edad) a centros de educación de masas (a los que accede un 70% de cada grupo de edad). Los profesores viven la experiencia como una prueba guiada por un sentimiento de decadencia y por problemas sin solución ligados a la transformación del oficio. La experiencia de los profesores, que se percibían a sí mismos como transmisores por vocación de un saber específico, se ve atravesada ahora por la necesidad de hacer frente a un trabajo similar al de los maestros. La naturaleza de esta experiencia se puede interpretar como la descomposición del programa institucional o como un desajuste «normal» producto de la modernidad. El modelo bascula entre la crisis y la transformación, oponiendo descomposición y democratización, diferenciación y universalización, crisis de la vocación y trabajo técnico personal.

La formación profesional de adultos, fundada sobre un programa institucional, se ve atravesada por algunas transformaciones: descoordinación entre formación y ofertas de empleo o acceso a la formación de nuevos clientes «difíciles». Sin embargo, dichas transformaciones no tienen efecto sobre la experiencia de los formadores más que mediante una leve recomposición del trabajo. No se viven como una crisis de la profesión, sino como la necesidad de reorganizarlo como un servicio: pasar del «oficio» a un trabajo centrado en «la persona».

Al abordar el trabajo de las enfermeras, Dubet señala que si el hospital había sido el lugar de encuentro de dos programas institucionales —el de la institución de caridad, fundado en la relación personal con el enfermo por parte de la enfermera, y el de la ciencia y la medicina, basado en la aplicación estricta de un saber técnico por parte

del médico—, su transformación implica una separación entre ambos programas, lo cual tiene consecuencias sobre su trabajo: la profesionalización de la caridad y la inclusión en el programa institucional de las enfermeras de las dimensiones técnica (la cura del enfermo) y social (la organización del hospital) tienen como consecuencia una percepción negativa de su experiencia, identificada con el crecimiento de una injusticia y una falta de reconocimiento basada en la consagración de un sistema de dominación que pone el énfasis en el estatus y no en la capacidad, que pone a la técnica por encima de la relación con el enfermo y que, al ampliar las tareas del oficio, vive en crisis. Sin embargo, esta no es una ruptura del programa institucional, sino una crisis que se resuelve con una inversión más fuerte de la vocación por parte de las enfermeras.

Los trabajadores sociales, como programa institucional, se diferencian del resto de profesiones en el hecho de que tradicionalmente no estaban adscritos a una organización institucional. El propio trabajador era en sí mismo una institución o, al menos, se percibía como tal. El trabajo social sigue estando atravesado por una visión crítica de la profesión: los trabajadores sociales tienden a ponerse del lado de «la injusticia». A partir de los años ochenta, en Francia, el trabajador social pasa a formar parte de las políticas de intervención social. Su público deja de ser «los pobres» en beneficio de los «usuarios», dejan de ser abstractos y se convierten en casos particulares y el trabajo se inserta en la lógica del servicio público. Si la lógica de la relación fue siempre percibida como la base del trabajo social, ahora se le añaden la del servicio (aplicar políticas públicas) y la del control social (asignación de roles). A pesar de

estas transformaciones, la experiencia del trabajo social sigue atravesada por el mismo tipo de crítica social que sitúa a los trabajadores del lado de sus «clientes», por lo que dichas mutaciones no han implicado una crisis de una profesión que, entre otras cosas, siempre se vio a sí misma en una situación de crisis.

Por último, Dubet analiza los mediadores en el ámbito escolar, profesión especializada que surge como respuesta particularista a problemas particulares, consecuencia de la profundización de la división del trabajo y del declive de otros programas institucionales. Los mediadores se diferencian del resto por la ausencia de un estatus conferido por un título y por no tratarse de un oficio: la presencia de la vocación es dudosa, el trabajo se define de forma negativa (lo que no hacen los profesores, psicólogos o asistentes sociales) y está atravesado por una fuerte precariedad. Los mediadores están fuera del programa institucional; por eso, por ejemplo, en el caso de los institutos de las periferias «problemáticas» se sitúan del lado de los alumnos, al mismo tiempo que su propio trabajo es consecuencia del fracaso del programa institucional que los encuadraba.

El programa institucional es consecuencia de la modernidad, de la exigencia de combinar la socialización de los individuos con la formación de un sujeto conforme a valores universales. Su declive es, según François Dubet, producto del proyecto de la modernidad: la transformación de las formas de autoridad y legitimación, el cuestionamiento del principio de representatividad, la crisis de los principios ordenadores universalistas, el paso a la práctica de la acción social en lo cotidiano, y la percepción de la

inseguridad de los más débiles ligada a un programa hecho para garantizar la igualdad formal, consecuencia de la extensión de la exigencia de igualdad. El resultado no es el fin de lo social, pero tampoco es la constitución de instituciones más democráticas fuera del programa institucional: los usuarios, en su acceso a los nuevos «servicios», se ven atravesados por formas de desigualdad que tienen consecuencias sobre sus propias experiencias de socialización. El autor concluye que la experiencia de éstos contiene grandes similitudes con la de los propios trabajadores.

El libro de François Dubet puede leerse como una ampliación específica, a través de un gran trabajo empírico, de *La démocratie providentielle*. El declive del programa institucional es consecuencia de las transformaciones de la idea de igualdad a través de la acción del Estado de intervención. Dicha relación puede entenderse igualmente a la inversa. Ambos trabajos resultan complementarios para abordar el análisis de las transformaciones de las sociedades democráticas en la modernidad, el primero de ellos desde la transformación del tipo ideal de ciudadanía como construcción histórica, el segundo desde las contradicciones que se generan dentro de la experiencia del trabajo de socialización. Ambos muestran la crisis de una idea concreta de sociedad y, aunque con soluciones diferentes, concluyen que dicha crisis no supone ningún punto final, sino la apertura de posibles nuevas formas de hacer sociedad ligadas a las transformaciones que ambos presentan muy brillantemente.

Alberto MARTÍN PÉREZ